



ros y los bagajes. Entre los soldados, unos se ejercitan en la lucha, otros se divierten, otros descansan. A derecha é izquierda algunos cuerpos de tropas practican ejercicios militares, bajo la inspeccion de los ayudantes de campo del rey, que, á caballo ó sobre los carros, recorren el interior de las trincheras.

Un cuerpo de *hoplitas* hace guardia á la entrada; los centinelas están colocados á lo largo de las empalizadas; por fuera corren los carros y se ejercitan en las grandes maniobras (1).

Así avanza, así hace alto el conquistador Ramsés; así es como él llega á los países enemigos y dispone sus campamentos fortificados. En los combates hay cargos para impedir que los soldados se arrojen sin orden sobre sus filas, porque los egipcios guardan sus puestos y permanecen en pié. Había, pues, estrategia en los ejércitos egipcios, y era debida quizá más bien á la casta que facilitaba los combatientes que al rey que los mandaba. El arte militar se ha perfeccionado notablemente despues de las correrías aventuradas y sin orden de las primeras edades, despues de las muchedumbres que arrastraban los Sesurtasen, los Semiramis, los Ramah.

¿Quién heredó este ejército, este poder y esta gloria? Despues del prodigioso brillo que alcanzó el Egipto en tiempo de Ramsés II, la dinastía comienza á extinguirse. No consistía esto en la falta de príncipes, si se ha de dar crédito, no solamente á un cuadro cronológico (2) que da á Ramsés ciento once años y cincuenta y nueve hijos (3), sino á los grupos esculpidos que representan las estatuas de veintitres príncipes y trece princesas descendientes del conquistador (4). Esto procedía de la falta de genio y de carácter. El más famoso de los hijos del

(1) M. Champollion-Figeac refiere estos ejercicios y describe esta disciplina, segun los dibujos traídos por M. Champollion el Joven: *Egipto, en el universo pintoresco*.

(2) En el templo de Seba. Brugsch, *op. cit.*

(3) La poligamia existía en Egipto desde muy antiguo para los grandes. Los reyes tenían un numeroso harem.

(4) En el basamento de una sala del Rhamesseum. M. Brugsch halló los nombres de ciento veintitres príncipes.

rey, es el príncipe Scha-em-Djem ó Sam-Zam, el que restablació el culto de Apis y trató de dar á la religion egipcia un poco de ese espiritualismo místico que iba perdiendo cada vez más (1). No sobrevivió á su padre. El cetro pasó á Meri-en-Ptah ó Merneptah (2), el rey querido de Ptah, que apenas tuvo ilustracion. Su autoridad fué vivamente combatida por una revolucion de los pueblos de la Libia, que reunidos en confederacion rechazaron la obediencia del Egipto y asaltaron sus fronteras. El Faraon consiguió una gran victoria sobre los rebeldes y trajo un inmenso botin. Mas ni estas leyes, ni esta victoria debían preservarle de una catástrofe en que desaparecerían á la vez su dinastía y la unidad de su país.

Esta catástrofe, que no sin algun fundamento admitimos, la han reputado muchos historiadores como el origen de la libertad de los hebreos, retrocediendo de este modo hasta los sucesores de Ramsés Meiamun (3), esta catástrofe no es más que una revolucion interior llevada á cabo por los «impuros.» Estos «impuros,» entre los

(1) Este es, en efecto, Scha-em-Djem, cuyo nombre y quizá la momia encontró M. Mariette en su célebre descubrimiento del Serapeon de Sakkarah. Había erigido un sepulcro al sexto Apis de este campo santo con esta leyenda: «Este es Osiris-Apis, aquel que reside en la Amenti, el Dios grande, el Señor Eterno, el Dominador por siempre.» Hay allí cinco Apis del tiempo de Ramsés, y la primera série del Serapeon se fija en el trigésimo año de este reinado. La segunda série comienza en este reinado y continúa hasta Psammético. La tercera desde Psammético hasta el primer siglo despues de Jesucristo.

(2) Meneftés ó Meneftá, el Amenofis de los griegos.

(3) M. Brugsch sigue esta opinion; M. vizconde de Rouge se separa de ella. Estos dos ilustres sábios creen que este es Ramsés el Grande, el que oprimió á los israelitas con duros trabajos y les hizo construir especialmente las ciudades de Ramsés y de Pitou; este es á quien se presentó Moisés, segun M. de Rouge: segun M. Brugsch, debió ser delante de Merneptah que pereció con sus flotas en el Mar Rojo. M. Brugsch observa, en apoyo de su tesis, que uno de los príncipes de Etiopía tenía el mismo nombre que Moisés, Mes ó Messú, y debía ser su contemporáneo, é invoca la revolucion de los pastores y el pasaje de Manethon, relativa á Osarsif, identificado con Moisés. Cualquiera que sea la autoridad de los partidarios de esta opinion, permaneceremos fieles á la que hemos adoptado siguiendo á Champollion, hasta que se hagan descubrimientos más amplos.



que figuran en primer lugar los leprosos, y que muy bien podrían representar una vasta secta religiosa, fueron objeto por parte de Merneptah, de una terrible persecucion: ochenta mil de ellos, bajo la orden de un adivino que se mató despues de haber penetrado las consecuencias de esta funesta inspiracion (1), ochenta mil de estos fueron reunidos por fuerza y condenados á los trabajos de las canteras con los habitantes del oriente del Nilo. Cansados de padecer y excitados por algunos «sábios sacerdotes,» contaminados de impureza, entraron en Avaris, la antigua Anar, residencia de los pastores que Tuthmés había arrojado en otro tiempo, y eligieron por jefe á un sacerdote de Heliópolis llamado Osarsif, á quien habían jurado obediencia absoluta. La revolucion se organizó y revistió el carácter de una guerra de religion. Osarsif ordenó que no se adorara á ningun dios de Egipto y se diera muerte á los animales sagrados. Despues hace un llamamiento á los demás sacerdotes «del número de los impuros,» los envía á Palestina y la Arabia á sublevar los pueblos de Sa-Su ó Hiksos, que venían á vengar sus grandes injurias, y les convoca en Avaris, la «ciudad de sus antepasados.» Estas tribus llegaron como nubes de langostas; doscientos mil pastores entran en Avaris; la insurreccion se propaga. Merneptah se llenó de espanto; el sucesor de Ramsés no se atreve á entablar la lucha, á pesar de sus 300.000 guerreros; huye, llevándose los animales sagrados y el buey Apis de Menfis, ocultando las estatuas de los dioses y aceptando el auxilio que le ofrecen en la Etiopía sus antiguos fundadores, que llevaron la generosidad hasta custodiar ellos mismos las

(1) Este adivino se llamaba Amenofis-Merneptah como el rey: pasaba por iniciado en la naturaleza divina, y el rey, habiendo manifestado (como Horo, el Hor-em-heb, en quien terminó la décimoctava dinastía), «deseo de ver á los dioses, se lo permitió bajo la condicion de que limpiaría el Egipto de leprosos é impuros. Despues le hizo saber que los dioses se enojarian, que vendrian á prestar auxilio á los impuros distintas gentes, y que serian señores de Egipto por espacio de trece años. No dijo más al rey, le escribió, y se suicidó.» Josefo contra Appion, I, 26.

fronteras de las ciudades y villas donde se habían recogido los fugitivos.

Los «impuros» triunfan, pues, y triunfan sin violencia, avasallan el Egipto tan largo tiempo comprimido. Los más feroces, segun Maneton, fueron los de Salem en Canaan, que sin duda vengaban la devastacion de su país, la toma de su ciudad y las crueldades de los primeros años del terrible Ramsés. La revolucion, religiosa principalmente, fué completa: los templos fueron saqueados; las estatuas de los dioses mutiladas; los animales sagrados degollados por mano de sus propios sacerdotes, á quienes los vencedores obligaban á cometer este sacrilegio, despidiéndoles despues de haberles deshonrado y despojado. La relacion es, á no dudarlo, no poco exagerada; quedan aún muchos monumentos que se libraron de la devastacion, puesto que el Egipto está cubierto, aún hoy, de obras espléndidas anteriores á esta rebelion de los «impuros.» Sin embargo, las señales de la catástrofe son manifiestas: á partir de los primeros años de Merneptah, hay un gran lunar en la era de las construcciones, y no vuelve á adquirir su brillo hasta el reinado posterior, dejando profundas oscuridades y un grande desorden.

Pero, añade Manethon; cuéntase que este Osarsif, sacerdote eliopolitano de Osiris, que así trocó las costumbres del Egipto, cambió su nombre por el de Moisés (1). ¡Coincidencia notable que, bajo una evidente confusion de hechos, de fechas y de nombres, conserva el imperecedero recuerdo del libertador de los hebreos y del Exodo de Israel!

La violenta dominacion de los impuros no tuvo larga duracion. Trece años despues estalló una reaccion entre el antiguo espíritu y el antiguo culto; fué tan súbita como lo había sido la irrupcion. Merneptah volvió de la Etiopía y

(1) Josefo, *op. cit.* Esta coincidencia es una de las pruebas que aduce M. Brugsch, y añade: «Combinando estos hechos con la relacion de la Santa Escritura, me parece resultar que los trece años durante los cuales el rey permaneció en la Etiopía, responden á los tiempos que transcurrieron desde la primera entrevista de Moisés con el Faraon, hasta la muerte de este último en el mar (*op. cit.*, pág. 176).



emprendió de nuevo la lucha contra los pastores; su hijo Seti II, Merneptah, los expulsó, según dicen los egipcios.

Pero ni la entrada de Merneptah, ni el reinado de Seti II, fueron verdaderas restauraciones. La guerra civil, que tocaba á su término, se complicó con diversas usurpaciones. Vese al rey *Amen-Meses* (1), á la reina *Ta-user*, mujer de otro Merneptah, por sobrenombre *Si-Ptah*, hijo de *Ptah*, que no figuran más que como príncipes ilegítimos, cuya descendencia directa de Ramsés hizo más tarde martillar los títulos y los nombres en los monumentos. La misma unidad del imperio no pudo consentir esta crisis, y según todas las probabilidades, varios soberanos de efímero reinado se apropiaron reinos en el dominio de los Ramsés despojados.

La raza del conquistador subsistía, sin embargo, y por una feliz suerte tenía que levantar á su país de la prostración y darle un período de esplendor y de gloria. El héroe de esta regeneración fué considerado como el jefe de una nueva dinastía: es también un Seti, Setos, y se llama *Netch*, el victorioso.

De este victorioso apenas se conoce más que el nombre; su más grande victoria parece que fué la de haber restaurado la dinastía de los Ramsés. Bien pronto fué eclipsado por su hijo Ramsés III, por sobrenombre *Hyk-Pen* (2).

Este gran príncipe, que debió ser llamado al poder siendo muy joven, puso un especial cuidado en consolidar su legitimidad. «Ocupo el trono como Horus ocupa el de Osiris... no he usurpado el puesto á ninguno,» decía (3); por lo

(1) Este *Amen-Meses* es probablemente el *Amenemes* de Maneton, y presentado en las listas por *Tuoris*.

(2) Solamente desde esta época es cuando se puede comenzar á tener algunas nociones sobre la cronología egipcia, y aun estas nociones son muy vagas. La gloria de este descubrimiento pertenece al sabio y venerable *Biot*, que colocó sobre los bajo-relieves de *Medinet-Abut*, el hecho astronómico que, señalado por una inscripción, sirvió para hacer concordar el año verdadero con el año egipcio. Esta concordancia señala el reinado de Ramsés III, en los primeros años del siglo XIII antes de Jesucristo. (*Biot, Memorias de la Academia de las Ciencias.*)

(3) En un papiro leído por *M. Brugsch*, pág. 183.

demás es digno de su fortuna. Creeríase hallarse en los esplendorosos días de su predecesor, y tan es así, que muchos historiadores han llegado á confundir á los dos. Las expediciones militares se suceden; vuelven á reaparecer los ejércitos con su severa disciplina; los soldados llevan el hacha y el arpa, y en medio de sus batallones se ve tremolar sobre un carro el estandarte real, llevando esta vez una cabeza de macho cabrío en honor de *Ammon* (1). Los pobres vencidos son los «*Lobu*,» las poblaciones de la Libia, que sin duda se rebelaron las primeras. Aun más, en una expedición llevaron los carros de guerra de Ramsés entre los *khetas* al país de los *Tsahi* (la *Coesiria* y la *Siria* marítimas, entre los fenicios de *Aratú* (*Araduso*) y entre los *Pul-is-tas* (los filisteos). Mientras que las tropas de tierra persiguen y maltratan al enemigo, los ejércitos de mar egipcios midieron sus armas con las naves de los *Tzakkaros* y los *Sarudana*, notables por sus cascos de dos espolones. Esta batalla se celebró con cantos del vencedor. «Los navíos estaban defendidos de popa á proa por valientes guerreros. Los infantes eran como el cachorro del león rugiente en las montañas... Los que se acercaran á nuestras fronteras, dice el rey, no siegan en este mundo; el tiempo de sus almas es contado para la eternidad (2).» Sobre las márgenes del Mediterráneo, del gran mar, fué donde se libró el combate. De aquí Ramsés, triunfante, atraviesa un país poblado de bestias feroces, una de las vertientes del *Libano*, según se cree; después se le ve en el *Asia Central* recibiendo los tributos de las poblaciones de nuevo sometidas, y que van á buscar para él las mejores cosas de la tierra santa (*Tane-ter*), mientras que el país de *Punt* (la *Arabia*) le ofrece sus maderas y sus hermosos perfumes.»

En siete años, del quinto al duodécimo año de su reinado, Ramsés *Hyk-Peu* había casi agregado al Egipto las fronteras de Ramsés el Gran-

(1) Bajo-relieves de *Medinet-Abu*, descritos por *M. Champollion*.

(2) Inscripción traducida por *M. de Rouge*; noticia sobre estos textos, publicados por *M. Greene*. (Véase *M. Robion, op. cit.*, pág. 336.)



de. Por el N. mandaba hasta los pueblos de la Tierra Santa, por el E. hasta la Arabia, por el O. hasta la extremidad de la Libia, y por el Sur hasta la Nubia. Los reyes prosternados á sus pies eran como el jefe del vil país de *Kusch* (la *Etiopía*); el jefe de los «*Libu*» (*Libios*); el jefe de los *tursas* (negros); el jefe de *Masawasa*, sobre la costa norte de *Africa*; el jefe vil de los *chetas*; el vil jefe de los *amori* (los *amorreos*); el grande de los *tzakkaros*; el país marítimo de *Saindana* (*Tiro* y *Sidon*, probablemente); el grande de los enemigos de *Sa-Su*, los árabes, etc. En una sola jornada había muerto 12.000 hombres, y en otra le presentaron 3.000 manos derechas cortadas. Al volver á su patria, erigió hasta con orgullo magníficos templos (1). Por espacio de cinco meses hubo fiestas solemnes con una pompa inusitada. La más célebre de ellas, consagrada á *Chem-ti*, ó *Min-ti*, el Dios *Pan* del Egipto, el príncipe generador, hace ver cuán degradado estaba el culto, y cuánto se había dado por el panteísmo más vergonzoso.

Ramsés III era muy amigo de las construcciones, como todos los suyos; entre los numerosos edificios religiosos é históricos que conservaron la memoria de su nombre, uno de los más célebres es la grande *hypogía* que mandó hacer y adornar para que le sirviera de panteón (2).

La dinastía de los Ramsés había sido restaurada y con gloria. Continuará por un tiempo bastante largo; quince ó diez y seis príncipes perpetuarán su nombre ilustre, pero no

(1) Los de *Medinet-Abu*, donde están colocados los cuadros y las inscripciones del reinado de Ramsés, el santuario del dios *Chous*, cerca de *Karnak*, el templo de *Ammon* en este mismo lugar y de importantes adiciones en el *Ramessum* de *Tebas*.

(2) Quizá este edificio subterráneo sea el que los historiadores griegos, y especialmente *Diodoro*, tuvieron por tan famoso con el nombre de «tumba de *Osimandias*.» Ramsés *Hik-Peu* puede, en efecto, haber sido designado con el título de *Osi-Manduei*, hijo de *Mandu* ó *Mon-tu* (probablemente *Min-ti*), el dios guerrero, como Ramsés el Grande, á quien *Salvolini* identifica con *Osimandias*. Aunque la imaginación de los historiadores helénicos haya querido exagerar, sin embargo, el tipo primitivo de sus descripciones permanece y llena de admiración y de encanto á sabios y á viajeros.

eclipsarán su estrella. Parece como que se embriagan con el goce del poder y concluyen como reyes holgazanes.

El imperio, sin embargo, en su origen conserva el prestigio de su fuerza: las fronteras son respetadas y Ramsés asegura su defensa con líneas militares estacionadas por el desierto que cubren el camino hasta el Mar Rojo. Al mismo tiempo los tributarios permanecen fieles y los *Rotennu* de la *Mesopotamia* continúan llevando sus tesoros al pié del trono (1). Sin embargo, discordias interiores, probablemente revoluciones de palacio, rompen la monotonía del reposo y de la prosperidad. El Ramsés V, aprovechándose sin duda de una minoría, usurpa la autoridad real, y este rasgo de costumbres, prueba muy bien que los hombres se asocian para todo. Precisamente este Ramsés es el que es objeto de los elogios oficiales más hiperbólicos. Es «un Dios vivo y gracioso;» es «una montaña de oro.» Los hombres se alegran cuando él se levanta, y los dioses se complacen con su amor... Los pequeños y grandes le tributan alabanzas, y sus instituciones han devuelto la paz á los corazones (2). Esto no impide que su sucesor, el segundo hijo de Ramsés III, el rey legítimo, arranque los títulos del usurpador con los aplausos del Egipto que le celebra, por haber llenado la tierra de grandes monumentos, construidos en honor de sus padres los dioses. Ramsés VI tuvo que combatir á los pueblos del Sur del Egipto, y recibió los despojos de los países de *Ahi* y de *Akata*. Poco á poco se va aproximando la decadencia del Imperio. Nada ó muy poco queda de los cinco Ramsés, que preceden al duodécimo de este nombre. Este señala su reinado con una leyenda muy singular, en la cual, aparte de las continuadas relaciones con el *Asia Central*, permitido será buscar la indicación de una especie de evolución, si no revolución religiosa. El Faraón se había casado con una hija del rey de *Buch-t-en*,

(1) Esto demuestra una inscripción esculpida en la roca del valle de *Hamamat*. *Brugsch*.

(2) *Stela* de *Silsitis*, citada por *Brugsch*; véase también *M. E. de Rouge* sobre este monumento.



Ecbatana quizás (1), la hermana de la joven reina Ben-nt-rest, «la hija de la perfeccion» (2), fué acometida de una desconocida enfermedad; un espíritu la atormenta y tortura; los más afamados médicos no logran curarla. El rey [de Buch-t-en] mandó por dos veces comisionados cerca de Ramsés, suplicándole enviara á Buch-t-en el Dios Chons de Tebas. Después de muchos ruegos, púsose el dios en camino: marcha acompañado de otros cinco más pequeños, primeramente sobre un gran navío, después sobre un carro hasta llegar á Buch-t-en, y cura á la princesa comunicándole su virtud de vida, y el espíritu la deja libre saludando al Dios Chons, que anda en paz y desprecia los rebeldes. En señal de gratitud, el rey de Buch-t-en no quiere dejarle volver tan pronto, y le hace quedar á su lado por espacio de tres años y nueve meses, después de cuyo tiempo, apareciéndose al rey que estaba acostado en su cama, semejante á un gavilán de oro que extiende sus alas hácia el Egipto, obliga al príncipe á que le dé su venia para volverse á su tierra de predileccion, y en ella hace su entrada con paz, el año 33 del rey que vive eternamente como el sol (3). Evidentemente bajo estas groseras apariencias se ocultan algunas doctrinas del Egipto, llevadas al centro y quizás hasta el norte del continente asiático.

Esta es la época también en que va á operarse una grande trasformacion en la autoridad real del Egipto. De guerrera y sacerdotal, y aun más bien guerrera que sacerdotal, como era en tiempo de los Ramsés conquistadores, va á hacerse vasalla del sacerdocio, después de haber inútilmente y por largo tiempo combatido esta influencia.

Los sacerdotes de Ammon, que desde un principio pertenecian á la raza real y que esta-

(1) M. de Ruge cree que Buch-t-en es el Baghestan actual; M. Brugsch cree que Ecbatana; nosotros nos inclinamos á esta segunda interpretacion.

(2) «*Ven, hija, resit, perfeccion*,» dice M. Brugsch, en lo que ve el nombre semítico.

(3) Esta leyenda está inscrita sobre una stela que M. Birch ha descubierto, y que M. de Rouge leyó y M. Brugsch. ¿No habrá en esto algun recuerdo del arca del Señor, que no puede quedar cautiva?

ban colocados sobre los peldaños del trono, se hicieron bien pronto los rivales de los Faraones. Ramsés IV reprimió sus pretensiones; pero tomaron la revancha en tiempo de uno de sus sucesores, y fué tal su preponderancia, que el nombre de Ramsés-Nectu, gran sacerdote, jefe del palacio y jefe de los trabajos, se asocia á la misma liga que el rey, y ambos llevan la tiara. Este gran puesto no dejó de tener sus alternativas. Ramsés XII, apoyándose en un antiguo prestigio dinástico, pudo librarse de la rivalidad; pero bajo Ramsés XIII llega á hacerse una supremacia manifiesta. El gran sacerdote Her-hor lleva el símbolo real, recibe la corona roja y la corona blanca, y se declara jefe de los trabajos, jefe del ejército, rey de las dos regiones, es decir, de todo el Egipto. La dominacion sacerdotal fué tan completa, que á partir de esta época, la historia señala dos líneas paralelas, una de los Faraones de antiguo origen que dan á Tebas una existencia deshonrosa, y otra de los reyes grandes sacerdotes (1) de Ammon, que les quitó el ejercicio y las insignias del poder supremo.

¿Podremos decir que esta época es una era de decadencia? Por el exterior la influencia del Egipto se va desvaneciendo; la Libia y la Etiopía sacuden su yugo; el Asia Central, reconstituida bajo el imperio de Ninive, no es ya tributaria, sino enemiga y dominadora. Por el interior comienza á dividirse el territorio, y se levanta la vigésimaprimerá dinastía en el Bajo Egipto, en Tanis.

Este es el tiempo en que los jueces echaron los fundamentos del poder de Israel; es el tiempo del rey David; es el tiempo de la gloria de Salomon, de aquella gloria cuyo ascendiente es tal sobre la dinastía de Zanis, que uno de ellos, Psen-bencha probablemente, se cree dichoso en dar su hija, en señal de alianza, al joven y sábio monarca que reina sobre los antiguos esclavos de los Faraones.

(1) Es de observar, que varios de estos Grandes-Sacerdotes, preparaban ó aseguraban su usurpacion por el matrimonio con princesas de sangre real. M. Brugsch cita tres.

CAPÍTULO IX

El Egipto bajo sus últimas dinastías independientes, antes de la conquista de los persas.—La vigésimasegunda dinastía.—Su carácter asiático.—Seschouk y la Biblia.—Sucesores de Seschouk.—Fin del antiguo imperio egipcio.—La invasion etiópica.—La vigésimacuarta dinastía y la vigésimaquinta.—Sabaka y sus sucesores.—Relaciones con los indios.—Reaccion contra los etíopes.—La dodecarquia.—La vigésimasexta dinastía.—Pscun-tik.—Sus trabajos.—Origen del arte.—Ne-Kan.—Sus sucesores.—Rebelion militar.—Amessa-nit.—Relacion con los griegos.—Conquista de los persas.

El Egipto debía ensayar todavía el poderse regenerar bajo una nueva dinastía; esta dinastía, que se presenta como la vigésimasegunda, y que viene de la base egipcia de Rubasto, tiene un doble carácter. Al principio parece reunir al Egipto entero bajo su dominacion; más tarde da á conocer un origen asiático en casi todos sus nombres. Su fundador fué el yerno del penúltimo ó del último (1) Faraon, de Tanis; llamábase Amen-mer-Osorkhon, y entre sus predecesores se cuenta un Nimrot (Nemrod), y un Nabonera, cuyas analogías babilónicas no hay por qué referir. Este es un hecho capital; ¿pero cuál será su explicacion? ¿Bastaría tener en cuenta únicamente la preponderancia que tuvieron las familias semíticas en el antiguo Egipto á consecuencia de las relaciones con el Asia Central? (2) ¿O bien será necesario hacer constar las consecuencias de una especie de invasion, de una conquista quizás de la raza semítica, levantada y engrandecida en la Mesopotamia, que toma al fin la defensa de tanto tiempo esperada?

En este caso, la nueva dinastía no sería más que un vasallo impuesto desde un principio por los vencedores, y adoptado después por los egipcios, bastante inclinados, como se sabe, á

(1) M. Crusch cree que era el penúltimo, y monsieur Rouge el último.

(2) Esta es la explicacion de Brugsch; nos parece ingeniosa, pero insuficiente, con el carácter tan exclusivo de los egipcios; esta fusion, este predomnio voluntario de los asiáticos es poco fácil de concebir.

admitir en sus listas reales los lugar-tenientes de los que habian sometido.

Siempre es cierto que la vigésimasegunda dinastía, con su tipo asiático tan pronunciado, no estuvo falta de grandeza ni de gloria. A ella pertenece un rey guerrero, Seschouó, ó Sa-sanq, á quien la Biblia menciona con el nombre de Sesach y los griegos bajo el de Sesostris. El mismo se decia ser «El que se habia coronado rey para unir los dos mundos.» Hábil para aprovecharse de las divisiones de sus vecinos, recibe á Jeroboam fugitivo, ataca á Roboam, se apodera de las fortalezas de los hebreos, penetra hasta Jerusalem, y se lleva, como despojos, los tesoros del templo y los del rey. Aquí, y debemos hacerlo notar muy bien, reciben las sagradas letras un magnífico testimonio. Seschouk, á imitacion de sus sucesores, abrió á sus explotaciones las murallas de Karnak.

Un bajo-relieve, que data de su reinado, parece que tiene por adorno una doble corona, y él está levantando la espada para aplastar á la multitud de enemigos extranjeros humillados á su presencia. Los dioses, personificados en cautivos, le traen las figuras de los soberanos y de las ciudades que ha dominado, y los nombres de los vencidos se hallan inscritos por cima de sus cabezas. Entre estos nombres, de ellos varios son los de las ciudades de la Palestina, y uno de ellos es el del «rey de Judá,» «Jud-harmalek» (1). Estos rasgos son significativos.

(1) Este nombre significa: ó el rey, ó la ciudad